

# PERFILES EN CIENCIA Y RELIGIÓN

## *Profiles in Science and Religion*

### MIGUEL DE UNAMUNO: UNA CIENCIA Y UNA RELIGIÓN PARA LA VIDA<sup>1</sup>

ALICIA VILLAR EZCURRA  
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

RESUMEN: Las reflexiones de Miguel de Unamuno sobre la ciencia se enmarcan en distintos debates que es preciso distinguir. Su postura sobre la ciencia es más compleja de lo que habitualmente se resume en su frase: «¡Qué inventen ellos!». Este artículo aborda la evolución de Unamuno (desde 1894 a 1906) y analiza algunos textos en los que valora la ciencia positivamente. Por último, se destacan algunas de las ideas que Unamuno pensaba desarrollar en una obra sobre «Religión y Ciencia», proyectada a la altura de 1902. En todo caso, Don Miguel defiende la necesidad de desarrollar nuestra dimensión intelectual y espiritual para una vida más plena.

PALABRAS CLAVE: Unamuno, ciencia, religión, espiritualidad, vida.

#### *Miguel De Unamuno: A Science And A Religion For Life*

ABSTRACT: Miguel de Unamuno's science reflections are defined in different debates which must be distinguished. His stance about science is much more complex than it is believed when his thinking is summarized in the following sentence: "let them invent!". This manuscript presents Unamuno's evolution (from 1894 to 1906) and analyzes some texts in which he appreciated science positively. Finally, some of the Unamuno's thoughts that he planned to develop in his work "Religion and Science" (around 1902) are emphasized. Hence, Don Miguel defends the need to develop our intellectual and spiritual dimension to be able to have a more plenty life.

KEY WORDS: Unamuno, science, religion, spirituality, life.

#### 1. INTRODUCCIÓN

Cuando se han cumplido ciento cincuenta años del nacimiento de Miguel de Unamuno en Bilbao (29 de septiembre de 1864), la inmensa bibliografía sobre Unamuno puede llevar a pensar que ya está todo dicho sobre él. Sin embargo, el lector de su obra siempre encuentra algo por descubrir entre las más de 10.000 páginas que componen sus escritos<sup>2</sup>. Abordó tantos temas y cultivó tantos géneros

---

<sup>1</sup> Este artículo se vincula con el proyecto de I+D de la Universidad Pontificia Comillas: «Naturaleza humana 2.0» (Cátedra de Ciencia, Tecnología y Religión), y con el proyecto del Plan Nacional de I+D sobre «Los fundamentos filosóficos de la idea de solidaridad: amistad, amor y generosidad» (FFI 2012-37670)

<sup>2</sup> Sin considerar su abundante correspondencia, los nueve tomos de las *Obras Completas* de MIGUEL DE UNAMUNO editadas por MANUEL GARCÍA BLANCO (1966-1971) en la editorial Escelicer, cuentan con 12.274

que para analizar su postura sobre la ciencia es preciso recorrer su obra y atender no sólo a ensayos y artículos, sino también a Discursos, Conferencias, incluso relatos (*Tecnópolis*) y novelas (*Amor y Pedagogía*). En unos textos, Unamuno destaca la necesidad de la ciencia y en otros sus límites, pero como advirtió Carlos París, la ciencia constituye un momento esencial de la estructura del mundo intelectual de Miguel de Unamuno y su obra no resulta comprensible sin tener en cuenta su diálogo con la ciencia<sup>3</sup>.

Sin embargo, el carácter polémico y en ocasiones provocador de Don Miguel favoreció que su postura sobre la ciencia quedara resumida, fijada en la frase: «¡qué inventen ellos!» (*El Pórtico del templo*), como un perfecto resumen de su pensamiento, sin observar la evolución y la complejidad de su postura. A mi juicio, no se ha reparado suficientemente en otros escritos en los que defendió a la ciencia y reclamó autonomía y libertad para el creador, tan necesitado de apoyos en su época.

Sus reflexiones sobre este tema se enmarcan en distintos debates<sup>4</sup>: sobre el evolucionismo (*Discurso pronunciado en el paraninfo de la Universidad de Valencia*, 22-II-1909<sup>5</sup>), sobre los investigadores y las dificultades de la actividad científica, sobre España y su relación con la cultura y la ciencia europea (*Sobre la europeización*, *Sobre la Filosofía Española*<sup>6</sup>), sobre la misión de la enseñanza, sobre la crítica al cientificismo (*El pórtico del pueblo*, *Cientificismo*, *Escepticismo fanático*, *La vertical de Le Dantec*<sup>7</sup>, *Mecanópolis*). A ello hay que sumar su debate con Ortega y Gasset. En varios de los escritos señalados, se abordan otros temas y a veces sus referencias sobre la ciencia tienen un carácter ocasional, pero resultan clarificadoras. En todo caso, una triple perspectiva parece imponerse: la defensa de la autonomía y los límites de la ciencia, su situación en España con respecto a Europa, y la relación ciencia-religión. Ahí se inserta su crítica al cientificismo, pues Unamuno defiende la auténtica ciencia, que es fruto de la creación y el esfuerzo perseverante de los investigadores, en cambio se enfrenta con los pseudo-científicos que desconocen sus límites y convierten a la ciencia en un ídolo al que adorar. A pesar de la evolución de su pensamiento, Unamuno defenderá un espacio propio para la religión y la filosofía, temas centrales en sus obras: *Tratado sobre el amor de Dios* y *Del sentimiento trágico de la vida*.

No es posible aquí ahondar en todos estos debates<sup>8</sup>, por lo que destacaré su defensa de una ciencia rigurosa en sus textos sobre la enseñanza universitaria, así como su proyecto de una obra sobre «Religión y ciencia», a la altura de 1902. Para ello seguiré la evolución de Don Miguel, desde los años 1894 a 1906, y atenderé a diversas notas inéditas que se conservan en la Casa Museo Unamuno en Salamanca (CMU).

páginas en total. Actualmente se cuenta con la edición de sus *Obras* (1994-2008) por RICARDO SENABRE, Castro-Turner, 10 vols.

<sup>3</sup> PARÍS, C. (1989), *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*. Barcelona: Anthropos, p. 79

<sup>4</sup> Las referencias de Unamuno sobre la ciencia se incluyen en textos que pertenecen a distintos volúmenes de sus *Obras Completas*. Aquí sólo se destacarán algunos de los escritos más relevantes. Para las citas de las obras de Unamuno, se seguirá la edición de Escelicer.

<sup>5</sup> DE UNAMUNO, M., *Obras Completas*, Vol. IX, Madrid: Escelicer, pp. 252-267.

<sup>6</sup> O.c. III, pp. 925-938 y pp. 1160-1171

<sup>7</sup> O.c. III

<sup>8</sup> He analizado su crítica al cientificismo en mi artículo: VILLAR, A. (2013), «La crítica de Unamuno al cientificismo», *Revista Pensamiento*, número extraordinario 2013, pp. 1035-1048.

## 2. EVOLUCIÓN DE UNAMUNO CON RESPECTO A LA CIENCIA (1894-1906)

Es sabido que el joven Unamuno pasó por una fase positivista y fue un admirador de Spencer a quien tradujo posteriormente. Como filólogo animó un estudio científico de la lengua, libre de mitomanías. En 1894, en su trabajo *La enseñanza del latín en España* planteó la filología como un campo adecuado para aplicar las categorías darwinianas que tanto admiraba. Desde su condición de Catedrático, reclamaba un estudio histórico de nuestra propia lengua y un conocimiento científico del idioma castellano. Un año más tarde, aún bajo el influjo del positivismo<sup>9</sup>, publicó sus *Ensayos sobre el casticismo*<sup>10</sup>, obra que los estudiosos también relacionan con el regeneracionismo. Ahí diagnosticó algunos de los males de España y propuso los remedios necesarios; entre otros, que se alcanzara la tradición eterna por medio de la «intra-historia». En su primer ensayo: «La tradición eterna», recordaba que la ciencia es algo vivo y en vías de formación. Advertía que los distintos saberes llevan en sí algo de pre-científico o de intra-científico, teñido de materia nacional. En el último ensayo, «Sobre el marasmo actual de España», alentaba a que se despertaran vientos de ambiente europeo en nuestro país. Aunque en años posteriores, varió su perspectiva sobre la misión histórica de España con respecto al resto de Europa, en general en sus escritos sobre la Universidad seguirá defendiendo el esfuerzo para alcanzar los niveles más altos en todas las ramas del saber. De 1890 a 1902, Unamuno leyó muchísimo y de cuanto caía en sus manos: de física, química, fisiología, biología, hasta matemáticas; y sobre todo Psicología fisiológica (Wundt, James, Bain, Ribot), filosofía, además de sus estudios filológicos. Entre sus maestros, destacaba a Hegel, Spencer, Schopenhauer, Carlyle, Leopardi y Tolstoi, además de los pensadores de dirección religiosa y los líricos ingleses<sup>11</sup>.

Con el paso de los años, Spencer le resultará plano y «mecánico» y frente a Hegel, que hizo célebre su aforismo de que «todo lo racional es real», como Pascal pensará que la razón construye sobre irracionalidades<sup>12</sup>. Después de sus crisis de 1897, comenzará a escribir unas *Meditaciones evangélicas o cristianas*<sup>13</sup> y en la primera de ellas, *El mal del siglo*, denunciará «la tristeza de los espíritus cultos». Asociará el intelectualismo con el desierto, la fe ciega en el progreso con el engaño, la embriaguez y el espejismo. Las imágenes, que hablan por sí mismas, se repetirán en escritos posteriores.

<sup>9</sup> En una carta Marcel Bataillon, al hablarle de *En torno al casticismo* reconoce que entonces «atravesaba una época de agnosticismo rígido, no sin algo de desesperación, y aún le duraba el influjo de Spencer y el positivismo» (Carta de 1-VII-1922). Cfr: ROBLES, L. (2008), en CHAGUACEDA, A. (ed.) (2008), *Miguel de Unamuno, Estudios sobre su obra III*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, p. 270.

<sup>10</sup> Pedro Cerezo califica como «racionalismo humanista» la etapa de 1886 a 1896. P. CEREZO (1996), *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y Tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Trotta, p. 131. J.A. G. Ardila considera que en sus ensayos *En torno al casticismo*, Unamuno tomó partido por los krausistas al aludir a la polémica de la ciencia española (ARDILA, J. A. G. (2000), «Unamuno y el regeneracionismo», en CHAGUACEDA, A. (ed.) (2000), *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra IV*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, pp. 215 y ss.). N. Orringer califica la metodología de dicha obra como idealismo krausista de signo positivista.

<sup>11</sup> Carta de Miguel de Unamuno a Federico Urales, publicada en la «Revista Blanca», 15 de noviembre de 1902 (O.C., IX, p. 818 y ss.)

<sup>12</sup> DE UNAMUNO, M. (1986): *Del sentimiento trágico de la vida, en los hombres y en los pueblos*. Madrid: Alianza Editorial, cap. 1, p. 21/ O.C., VII, p. 174

<sup>13</sup> DE UNAMUNO, M. (2006), *Meditaciones Evangélicas*, edición de TANGANELLI, P., Diputación de Salamanca. Los ensayos incluidos en estas *Meditaciones* son los siguientes: *El mal del siglo*, *Jesús y la samaritana*, *Nicodemo el Fariseo*, y los borradores de. *La oración de Dimas*, *San Pablo en el Areópago/La conversión de San Dionisio*, *El reinado social de Jesús*. Salvo la publicación de su Discurso en el Ateneo: *Nicodemo el fariseo*, el resto de las *Meditaciones* quedarán inéditas.

Recordará que se ha querido culpar a la ciencia y se le ha reprochado su bancarrota, como señalaba el libro de Brunnetière; pero en ese momento considera que el fracaso es del intelectualismo más que de la «pobre e inocente ciencia»<sup>14</sup>. Observa que «quisimos ser dioses por la ciencia del bien y del mal, y esta ciencia, que nos ha llevado al trabajo y la muerte, nos ha mostrado nuestra desnudez, de la que nos avergonzamos ante Dios»<sup>15</sup>. Se comprueba que Unamuno tomó el pulso al nihilismo de fin de siglo en carne propia y experimentó que ni el progreso, ni el remedio estético eran consuelos reales, confrontados con el hecho de la muerte y la posibilidad de que todo sea pasajero.

En *Jesús y la samaritana*, la segunda de sus *Meditaciones Evangélicas*, observa que somos samaritanos espirituales que «vamos a sacar agua del pozo tradicional, del tesoro de la ciencia y del estudio», pero confirma que sólo son consuelos humanos<sup>16</sup>. Los que buscan hacer de la verdad consuelo, se preguntan: acaso el consuelo, ¿no es verdad?, y en un momento de vacilación, dicen: ¡»Ah, si pudiese creer!»!. Ahora considera la ciencia humana como una cosa terrible, que da más sed cuanto más se bebe de ella. Se plantea si no hay más medio de relacionarnos con la realidad que la razón que nos lleva al nihilismo, y piensa que el principio de creer es querer creer, como insistirá en otros muchos ensayos.

En los años siguientes Unamuno criticará no sólo al intelectualismo, sino también al positivismo vigente en algunos sectores, que exaltaba la ciencia como el medio de solucionar todos los problemas humanos y sociales en el transcurso del tiempo<sup>17</sup>. La lectura de sus escritos de aquellos años permite comprobar cómo Unamuno, conforme se distancie de los positivistas y los científicistas, más intensamente defenderá los derechos de una imaginación creadora de sentido, y más pasionalmente reivindicará el cultivo de la dimensión espiritual que posibilita una vida más plena.

Esto no significa que rechace la ciencia. Desde su condición de Catedrático, venía reclamando un estudio histórico de nuestra propia lengua y un conocimiento científico del idioma castellano (*Sobre el latín*, 1894, revista *La España Moderna*). En sus escritos sobre la enseñanza y en los Discursos de sus años como Rector, reclamará la autonomía de las ciencias y defenderá un nuevo modo de enseñar que estimule el interés por ellas. Como los modernos, en el plano de las ciencias la última palabra la tiene la razón y la experiencia, la realidad y los hechos.

En 1899, en el texto *De la enseñanza Superior en España*<sup>18</sup>, califica de espectáculo deprimente la situación de los jóvenes que se ven forzados a estudiar una ciencia oficial que mata el apetito de aprender. Denuncia que en general importa más aparentar que saber de verdad, y anima a los estudiantes a que persistan en el esfuerzo y en la conquista de la verdad. Reclama *más método y menos dogmas*, pues tener una conciencia clara del *poder de la ciencia, implica también conocer sus límites* y no pedir milagros. Observa que nuestra fe en la ciencia se basa en autoridad y así se la convierte en ídolo y se la invoca diciendo: «La ciencia enseña...». En realidad, para que la ciencia cobre *su verdadera fuerza* se precisa destruir un fetichismo: pensar que la ciencia permite alcanzar

<sup>14</sup> DE UNAMUNO, M. (1897), «El mal del siglo», edición de L. ROBLES, escrito incluido en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, (1999), Universidad de Salamanca, nº 34, pp. 99-131

<sup>15</sup> O.c., pp. 15-126

<sup>16</sup> DE UNAMUNO, M. (2006), o. c. p. 107

<sup>17</sup> Como es sabido, Comte proponía avanzar por medio del análisis de los hechos positivos y las demostraciones racionales, y rechazaba las concepciones religiosas y metafísicas por considerarlos productos de la imaginación. Para Comte el estado positivo, el único que se atiene al conocimiento de la realidad, superaría estas concepciones ficticias y abstractas

<sup>18</sup> DE UNAMUNO, M. , *Obras*, Escelicer: Madrid, VIII, pp. 21-79

la felicidad. Reivindica «sentir la ciencia» y un método de enseñanza adecuado, que comience por establecer los datos, los hechos y los conocimientos directos por medio de la experiencia. A partir de ellos, se podrá investigar para comprobar si es posible lograr una solución. Unamuno denuncia una situación que considera habitual en su tiempo: por una parte, «los educados en asignaturas» piden soluciones y no llegan a sentir lo que es la ciencia; y por otra parte, los padres sólo quieren comprar un Título para sus hijos. En este escrito, como en otros dedicados a la educación, Unamuno reclama una profunda reforma de la enseñanza, pues cuando la ciencia se convierte en asignaturas, algo abstracto y formal, no tiene raíces en la vida. De nuevo las metáforas expresan su pensamiento: si la ciencia ha sido para nosotros «un pozo, algo quieto», es preciso que se convierta en «un manantial, algo movible»; que sea estímulo para avanzar.

Ante la polémica de la ciencia en España, Unamuno afirma que nunca hemos tenido ciencia española, aunque hayamos tenido hombres de ciencia, y cita los trabajos de Menéndez Pelayo. Los europeos nos aventajan en progreso material y científico, pero se pregunta: ¿y en valores e idealidad? La Universidad tiene la misión de enseñar el heroísmo del trabajo y el culto a la verdad, de modo que estimule la *creación de ideales y nuestra potencia de idealizar*. En 1900, el año que es nombrado Rector de la Universidad de Salamanca, se comprueba la misma línea y reivindica *la sed de verdad y el saber para la vida*, en su Discurso de apertura de curso. Entiende que la enseñanza de la Universidad se orienta tanto a ganar la vida, cuanto a vivirla, *a vivir por la ciencia y en ella*. Por ello, recuerda que el cimiento de la ciencia es la búsqueda de la verdad por la verdad misma: es lo que lleva a la acción más fecunda y no el soporte de la que tenemos establecida.

El mismo año 1900, Unamuno había publicado sus *Tres Ensayos (Ideocracia, ¡Adentro!, La fe)* y de nuevo tomaba distancias con el intelectualismo. En *Ideocracia*, distingue dos salidas en la ciencia: una que va a la acción práctica, material, a construir la civilización que nos facilita la vida; otra que sube a la acción teórica, espiritual, a hacernos la cultura que nos llena y fomenta la vida interior, a formular la filosofía que nos eleve el corazón y ahonde el sentimiento y la seriedad de la vida.

En esos años también dedica tiempo a los estudios religiosos y lee a los autores protestantes de lengua francesa (Reville, Sabatier) que unen a «un hondo sentido religioso, un profundo sentido científico», y los estudios de Waisäcker, Hatch, de Boissier y Leenz<sup>19</sup>. Descubre a Kierkegaard y se reconoce a sí mismo en él. Piensa que hay que recuperar la fe como pasión, lo que el pensador danés llamó irracionalismo. Varias notas inéditas recogen el nombre de Kierkegaard y nos precisan lo que entonces descubre con él. En una nota apunta: «Ciencia: contra ella. El conocimiento esencial de Kierkegaard»<sup>20</sup>. En otras, se lamenta: «Brillar, brillar, brillar...y apagarse al cabo»; «Sé que todo lo que sé, de nada me sirve», y subraya: «conocimiento esencial de Kierkegaard»<sup>21</sup>. La oposición es reveladora: Unamuno necesita entonces otro tipo de saber, necesita consuelo, lo esencial y lo eterno, pues ama la vida y no se resigna a perderla. Como Kierkegaard, defenderá la verdad como veracidad, y confesará su lucha entre la razón y el sentimiento, la ciencia y la lógica y por una parte, y la religión y la vida por otra.

<sup>19</sup> Carta de Miguel de Unamuno a Bernardo G. de Candamo de octubre de 1900 y de 29 de abril de 1901, *Epistolario inédito*, I, (1991), Edición de ROBLES, L., Madrid: Espasa-Calpe, p. 91. En esta misma carta señala que el sentir y el pensar brotan de la misma fuente y son caras de la misma función. Sentir la ciencia y pensar el arte es un buen camino para pensar la ciencia y sentir el arte.

<sup>20</sup> Notas al «Tratado del amor de Dios», CMU 68/15, pp. 154 y 158 (Archivos de la Casa Museo Unamuno en Salamanca, en adelante se citará como: CMU).

<sup>21</sup> Notas al «Tratado del amor de Dios», CMU, 68/15, página 159

### 3. CIENCIA Y RELIGIÓN<sup>22</sup>

Desde los inicios del siglo XX, Don Miguel se sentía cada vez más teísta y anhelaba libertad y fe; una fe que consistía en buscar con todo el corazón lo absoluto, lo infinito y eterno. Pensaba que aunque a Dios no se llegue nunca del todo, sin embargo lo inaccesible se nos puso como meta<sup>23</sup>. Considera la religión la forma suprema de cultura, pero detecta la pérdida del sentimiento religioso; por eso le indigna y le hiere el desconocimiento que algunos científicos tienen del cristianismo, el cúmulo de ineptias que lanzan contra una religión profundamente ignorada, como que desprecia al cuerpo o que ensombrece la vida<sup>24</sup>. Aunque está convencido del valor de la ciencia, cada vez se distancia más de la ciencia convertida en una de tantas supersticiones, en una idolatría que deslumbra a los pseudo científicos.

Todo ello le hace reflexionar sobre su papel como escritor y como intelectual. A finales de 1901, entiende que su labor es predicar sermones laicos y empieza a creer que le está encomendada una labor providencial, en pro de la renovación espiritual en España<sup>25</sup>. Se propone despertar el sentimiento religioso español, el de nuestras entrañas y le preocupa el problema religioso en cuanto tal, no sólo como problema social.

Estas reflexiones y estado ánimo cuajan en el proyecto de escribir una obra sobre *Ciencia y religión*, o *Razón y fe*, aludida en varias cartas de 1902<sup>26</sup>. En varias notas inéditas, conservadas en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca (CMU), plantea una relación dualista entre la religión y la ciencia, y afirma tanto «la inconciabilidad» (*sic.*) de ambos términos, como el deber de aceptar los dos<sup>27</sup>. Opone el tiempo, el espacio y la lógica, a la eternidad, la infinitud y la intuición; lo lógico-racional con lo intuitivo-emocional<sup>28</sup>. Con ello quería impulsar el crecimiento de la vida espiritual, despertando la conciencia y el espíritu con el dolor, con «las heridas del alma».

Considera que el error está en creer que no hay más medio de comunicarnos con la realidad externa que la razón, que toda la experiencia es reductible a ciencia, e insiste en que el conocimiento analítico puede hacer desaparecer la realidad concreta y terminar por convertir los hechos en «polvo de hechos». Entonces, al buscar la universalidad y que las cosas sean las mismas para todos, ni siquiera «el cielo es el cielo, ni es azul»,

<sup>22</sup> Las ideas recogidas en este apartado se han incluido también en el capítulo: «Unamuno: ciencia y religión», incluido en el libro: VILLAR, A. Y SANCHEZ ORANTOS, A. (eds.) (2014), *Una ciencia humana: homenaje a Camino Cañón Loyes*. Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas

<sup>23</sup> «Sed perfectos como vuestro padre que está en los cielos» recuerda en su Carta a B. G. de Candamo, de 3 de diciembre de 1901, DE UNAMUNO, M., *Epistolario inédito*, I, Edición de L. ROBLES, Madrid. Espasa-Calpe, Colección Austral, p. 106.

<sup>24</sup> Carta de Miguel de Unamuno a Timoteo Orbe, del 8 de octubre de 1901, *Epistolario inédito*, I, p. 100.

<sup>25</sup> Carta de Miguel de Unamuno a Timoteo Orbe, de 8 de octubre de 1901, *Epistolario inédito*, I, p. 97

<sup>26</sup> En la carta de Unamuno a su amigo Timoteo Orbe de 18 de febrero de 1902 revela llevar redactadas abundantes notas. *Epistolario inédito*, I, p. 111

<sup>27</sup> En una carta a Bernardo G. de Candamo de 5 de marzo de 1902, precisa: «La filosofía es una matemática, la religión, una intuición. Sobre esto, y desarrollando este punto de vista, proyecto escribir un libro titulado, o bien *Ciencia y Religión*, o bien *Razón y fe*. En ella asentaré la contradicción íntima e irreductible como principio de vida fecundo de vida espiritual...». «...No quiero buscar mi paz interior en armonías, concordancias y compromisos que llevan a la estabilidad inerte; no quiero que firmen paz mi corazón y mi cabeza, sino que luchen entre sí, lealmente, pero con vigor. Soy y quiero seguir siendo un espíritu antinómico, dualista. Conviene que adentremos la lucha para vivir en paz con los demás, pues sólo batallando con nosotros mismos seremos tolerantes», *Epistolario inédito*, I, p. 113

<sup>28</sup> FALTA NOTA!

como dirá en otra nota inédita<sup>29</sup>. Apunta que estudia ciencia, pero para combatir su idolatría, que califica de «vergonzosa e infecunda». Prevé que su libro sobre «Religión y ciencia» resultará paradójico.

Observa que los grandes principios de la conservación de la energía y de la unidad de las fuerzas físicas, de la evolución de las formas orgánicas, llegarán a ser principios religiosos y se ofrecerán como fuente de consuelo y de conducta, esto es explicación religiosa de la vida<sup>30</sup>. Sin embargo, confrontada con el hecho de la muerte, dicho consuelo no es real, dirá en otros escritos.

De muchos modos y con recursos distintos, Unamuno condenaba el progresismo y la veneración excesiva a la ciencia. En 1902 publicó su novela *Amor y pedagogía*, obra central en su evolución, y en la que ridiculizaba los errores de la educación, entendida como una ciencia exacta y mecánica que se aplica ciegamente y olvida las exigencias de sentido de la vida y del amor. De algún modo, reclamaba la necesaria distinción de *L'esprit de finesse* y *L'esprit géométrique* de Pascal.

Un año después, próximo a cumplir los cuarenta años, escribe *Mi confesión*<sup>31</sup> y expresa las preocupaciones esenciales de aquéllos años: su anhelo de pervivencia y su reflexión sobre la verdad y la ciencia. El escrito incluye dos apartados, el primero se dedica a lo que llama erostratismo, la búsqueda de la fama a cualquier precio, y el segundo es titulado primero «La ciencia» y finalmente «Verdad y vida». En el primer apartado y a propósito de la búsqueda de la pervivencia que persigue cualquier artista, escritor o creador, lo confiese o no, plantea el anhelo de inmortalidad en unos pasajes que serán recuperados posteriormente en el *Tratado del amor de Dios* y en *Del sentimiento trágico de la vida*. Califica de pobre engaño el consuelo que ofrecen los científicos y los monistas que hablan de que nada se pierde ni se destruye. A Unamuno no le consuela la perspectiva de disolverse en el gran Todo, en la Materia y las fuerzas infinitas y eternas<sup>32</sup>, sino que anhela la pervivencia de su conciencia personal cuya disolución ni siquiera le resulta imaginable.

El segundo apartado, «Verdad y Vida» se vincula con el primero, pues Don Miguel confiesa su erostratismo, pero ahora revela que la ciencia le purgó de lo que tiene de «desasosegador», la vanidad y el egoísmo desmedido descrito en el primer apartado. Considera que la ciencia es una escuela de grandes virtudes: de humildad, de templanza, de justicia y de fortaleza. Nos obliga a atenernos a los hechos, al hecho más insignificante que pasa desapercibido y nos fuerza a doblar nuestra voluntad a la realidad<sup>33</sup>. También señala los riesgos de un exceso de análisis que destruye la realidad y la convierte en polvo<sup>34</sup>, observaciones que recogerá en el *Tratado del amor de Dios* (cap. IV, «¿Qué es la verdad?»).

<sup>29</sup> CMU 68/15, p. 109

<sup>30</sup> Nota inédita titulada: «Religión y Ciencia», CMU 68/49

<sup>31</sup> DE UNAMUNO, M. (2011), *Mi confesión*, edición de VILLAR, A. Salamanca: Sigueme/Universidad Pontificia Comillas. Probablemente dicho escrito fue redactado en la primavera de marzo de 1903.

<sup>32</sup> *Mi confesión*, p. 30

<sup>33</sup> «Mas esto cuando sabe servir al hecho, doblar a su yugo la cerviz para domeñarlo mejor luego, hacerse siervo de él para llegar a ser su dueño», *Mi confesión*, p. 56

<sup>34</sup> Crítica a los hechólogos (*sic*), que «acaban por darnos polvo de hechos y los destruyen...». El texto completo, que pertenece al apartado titulado «Verdad y vida», es el siguiente: «He dicho que el hecho es más humilde, y me desdigo. No me atrevo a fijar categorías en los hechos, ni ver en ellos más que su aparecer y su persistir. Lo grande del hecho es su aparición ante nosotros, su entrada en nuestra conciencia, aunque luego se hunda en ella y baje a sus sótanos oscuros. Un nuevo hecho, nuevo para nosotros, es, por menudo que sea, mil veces más importante que un gran hecho viejo; la unidad que se adquiere enriquece más que todo el inmenso caudal que se posea. Ir a la rebusca de un hecho nuevo, de un pobrecito hecho,

A finales de 1903, sigue trabajando en torno al libro «Ciencia y religión», obra de filosofía, a la que no sabe si titular «Inteligencia y voluntad» o «Razón y fe». Se propone caracterizar de un lado la inteligencia, la ciencia y la razón; de otro la voluntad, la religión y la fe. De nuevo se comprueba que Unamuno se rebela no contra la ciencia, sino contra los que llama sacerdotes de la «sacrosanta ciencia», los que escriben la palabra ciencia con mayúsculas, los mediocres que la han erigido en ídolo y difunden la «superstición científicista»<sup>35</sup>, negando un espacio para la religión y para la filosofía. Admitirá que la ciencia es necesaria e inevitable, pero hay que «ser dueño no esclavo de ella»<sup>36</sup>. No aceptará que se proponga como fin lo que no es más que un medio, un instrumento al servicio del hombre y de la vida.

Frente a la fe en el progreso, proclamará la necesidad humana de un consuelo más hondo que la ciencia no puede satisfacer. En muchos de los escritos de 1903 y 1904, repetirá la frase del soñador Hamlet al intelectual Horacio: «Hay muchas cosas, Horacio, que no conoce tu filosofía»<sup>37</sup>. La cita encabeza su escrito *Intelectualidad y espiritualidad* y resume perfectamente su postura y estado de ánimo de aquellos años.

En 1905 comienza a preparar su *Tratado sobre el amor de Dios*. Vive su dedicación a esta obra como un refugio, previendo la reacción intolerante de los intelectualistas que no soportaban que se hablara del otro mundo. Al plantearse las demostraciones racionales sobre la existencia de Dios, observa que le basta con que no se pueda probar que Dios no exista, que sea algo absurdo e imposible<sup>38</sup>. Si de joven se preguntaba «lo que sin él no se explica lógicamente tampoco con él se explica lógicamente, es decir, mecánicamente», ahora en una nota inédita añade: «pero lo que sin El no se siente, se siente con El»<sup>39</sup>. La religión de la ciencia es idolatría, culto a la exactitud y a lo cuantitativo. Esa ciencia sin amor aparta de Dios; en cambio el amor, aun sin ciencia, lleva a Él, pues se revela a quien le busca con amor y por amor. Algunas notas inéditas resumen su actitud de entonces: confía en que todo el que realice obras generosas, trascendentes, acabará por creer en Dios, pues Dios obra en él»<sup>40</sup>. Como había señalado en *Nicodemo el fariseo* y repetirá en *Del sentimiento trágico de la vida*: «la bondad es luz de clarividencia espiritual».

En su redacción del *Tratado sobre el amor de Dios* Unamuno también reflexionó sobre la posición científica que se esfuerza por verlo todo desde fuera, cuantitativa y no cualitativamente. Piensa que no es posible reducirlo todo a peso, número y medida, a aritmética y geometría<sup>41</sup>. Las ciencias son necesarias y ofrecen certeza y seguridad, sin embargo no sacrificaríamos la vida por mantenerlas<sup>42</sup>. En cambio, señala Unamuno,

---

un hechillo humilde es doblar la cerviz a la gran maestra: la realidad. La ciencia suele ser la más abonada escuela de humildad, de sencillez, de desprendimiento. «No como yo quiero, Realidad, sino como tú quieres». *Mi confesión*, p.55

<sup>35</sup> *Mi confesión*, p. 57

<sup>36</sup> Carta a Pedro Jimenez Ilundáin, 7 de diciembre de 1902, *Epistolario americano*, (1996), edición de L. ROBLES, Ediciones de la Universidad de Salamanca, p. 150

<sup>37</sup> Cfr. *Sobre la filosofía española* (junio, 1904), OC, III, 1165; la misma cita aparece en *Mi confesión*, y en su ensayo *Intelectualidad y espiritualidad*.

<sup>38</sup> Notas al «Tratado del amor de Dios», CMU 68/15, p. 42

<sup>39</sup> CMU 68/15, página 46

<sup>40</sup> CMU 68/15, página 121

<sup>41</sup> Así: «Las ciencias de la vida, biología, tienden a reducirse a ciencias químicas, éstas a física, y la física a su vez a mecánica racional, la que a su vez es una rama de las matemáticas». M. DE UNAMUNO (2005), *Tratado del amor de Dios*, edición de ORRINGER, N., Madrid: Tecnos, p. 617

<sup>42</sup> *Tratado del amor de Dios*, p. 538



muchos estarían dispuestos a perder su vida por mantener su fe religiosa, que es cosa de la voluntad, de movimiento del ánimo hacia una verdad práctica y hacia algo incommensurable que hace vivir con plenitud. La ciencia tiene un enorme valor cuando se constriñe a su objeto propio<sup>43</sup>, incluso considera que es el pórtico de la religión<sup>44</sup>. En cambio, Unamuno cuestiona al hombre de ciencia que se cierra por completo a las esperanzas transcendentales y las califica de ilusiones y locura<sup>45</sup>. Los científicos en su ceguera no advierten que *en torno al islote de la ciencia, se abre un mar desconocido* y su renuncia es una especie de suicidio espiritual<sup>46</sup>.

En una carta al joven Ortega de 7 de mayo de 1906, escribe: «la ciencia sirve de un lado para facilitar la vida con sus aplicaciones prácticas y de otro de puerta a la sabiduría, pero: «¿No hay otras puertas? ¿No tenemos nosotros otras?»<sup>47</sup>. Es el tema de su escrito *El Pórtico del templo* de ese mismo año, donde incluye su célebre frase. «¡qué inventen ellos!», en cuyo trasfondo también está la discusión sobre el papel de España en la cultura europea. En diversos escritos, relatos y cartas fechados entre 1902 y 1906, Unamuno defenderá la necesidad de sentir, imaginar y crear para otorgar sentido y finalidad a la existencia humana, para alcanzar la plenitud frente a la «vanidad, de vanidades y todo vanidad». Distinguirá dos puertas de entradas al templo de la sabiduría y defenderá, en suma, la libertad y la dimensión espiritual del ser humano, frente a la concepción mecanicista, materialista, intelectualista o científicista. Hablará también de la necesidad de «sentir la ciencia».

La actitud de Unamuno con respecto a la religión y la ciencia expresa la crisis de la razón pura que caracterizó el final del siglo XIX, el debate entre ilustración y romanticismo<sup>48</sup>, pero también su propia crisis personal. Desde 1897, Don Miguel había experimentado en carne propia la perspectiva del nihilismo y se rebelaba contra las falsas ilusiones creadas a lo largo de ese siglo: la solución del progreso de la humanidad, o el sueño esteticista. Reflexionó sobre los límites de la razón y de la ciencia y reaccionó ante el exceso de orgullo y la soberbia del intelectualista, del racionalista o del científicista, que olvidan que las verdades que ofrecen, por muy exactas que sean, no son totales e integrales. Quiso que fuéramos dueños y no siervos de la ciencia, de una ciencia que, como dijo Pascal, no consuela en tiempos de aflicción.

Para acceder a la verdad eterna y cordial que tanto anhelaba, quiso recorrer otras vías y emplear otros lenguajes distintos; y al querer distinguir el terreno de la ciencia y la religión, en muchas ocasiones las presentó como opuestas y antagónicas. Sin embargo, en otros momentos, como en el Discurso sobre Darwin de 1909, trató de articular la ciencia con la filosofía y la religión. En *Del sentimiento trágico de la vida* insistirá la ciencia se ocupa de las causas eficientes y satisface nuestras necesidades mentales y lógicas, pero no las afectivas y volitivas, nuestra necesidad de sentido, de finalidad, de esperanza y de inmortalidad. En definitiva, Unamuno buscó una ciencia y una religión

<sup>43</sup> Para Unamuno, la ciencia es en cada época la adaptación del pensamiento colectivo, heredado con el lenguaje, a la realidad exterior y un medio de obrar sobre el mundo. Nos da «el conocimiento de relaciones formales para la práctica de nuestra vida formal o exterior». *Tratado del amor de Dios*, p. 620

<sup>44</sup> *Tratado del amor de Dios*, III, p. 546

<sup>45</sup> O.c., p. 619

<sup>46</sup> DE UNAMUNO, M., *Cientificismo*, O.C. III, p. 352-357

<sup>47</sup> Carta de Miguel de Unamuno a José Ortega y Gasset, de 30 de mayo de 1906. *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, (1987), Edición de ROBLES, L., Madrid: Ediciones «El Arquero», p. 42

<sup>48</sup> Para un desarrollo de este aspecto, véase el estudio de CEREZO, P. (2003), *El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*. Biblioteca Nueva, Editorial de la Universidad de Granada.

que hicieran una vida más plena, más honda y más humana, y si bien denunció el «¡vanidad de vanidades!», también alentó el «¡Plenitud de plenitudes!»<sup>49</sup>.

Universidad Pontificia Comillas, Madrid  
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales  
avillar@chs.upcomillas.es

ALICIA VILLAR EZCURRA

[Artículo aprobado para publicación en diciembre de 2014].

---

<sup>49</sup> «Quien había dicho “vanidad de vanidades y todo vanidad» dijo también que “nada hay nuevo bajo el sol”, pero nosotros creamos, digamos y hagamos que sea todo “plenitud de plenitudes y todo plenitud” y “que todo es nuevo bajo el sol». DE UNAMUNO, M., *Mi confesión*, o.c., p. 51